

¿Qué futuro para Turquía?

Sabiha Senyücel
Oficial de programas,
La Fundación turca para Estudios Económicos y Sociales

Tras el extenso proceso de elecciones presidenciales que comenzó el 24 de abril con el anuncio oficial de Abdullah Gul como candidato del Partido de la Justicia y el Desarrollo (AKP), y finalizó el 28 de agosto con la elección de Gul como presidente, Turquía entró en una nueva fase en su vida política. Estos acontecimientos atrajeron la atención del continente europeo, del mundo musulmán y de países al otro lado del Atlántico. ¿Por qué estaba el mundo tan pendiente y qué esperaban que sucediera?

Antes de responder a estos interrogantes, convendría recapitular brevemente los acontecimientos recientes. Si bien cuatro meses puedan no parecer mucho tiempo, en este período Turquía ha sido testigo de una dramática declaración del ejército, una decisión del Tribunal Constitucional y dos elecciones. La crisis política provocada por las elecciones presidenciales se vio agravada por la declaración que el ejército turco publicó en su página web. Después de semanas de ambigüedad, se convocaron elecciones generales anticipadas. La extraordinaria intervención anti-democrática del ejército no se salvó de duras críticas por parte de Europa. Y éste no fue precisamente el escenario que nuestros amigos europeos hubieran preferido ver. Los “turco-escépticos” no tardaron en declarar que “esto constituye prueba suficiente de las deficiencias de la democracia turca y de la falta de control civil de las fuerzas armadas”. Aunque los “turcófilos” enviaron mensajes de aliento, el marco para las negociaciones con la UE indica claramente que Turquía necesita cumplir con los criterios políticos necesarios. El proceso de las elecciones fue duramente criticado en el último informe de progreso de Turquía.

El AKP ganó el 46 por ciento de los votos en las elecciones subsiguientes del 22 de julio: el porcentaje más alto desde los años 60. Si bien muchos esperaban ver al AKP triunfar en las urnas, la magnitud de su victoria era inesperada. Poco después de las elecciones, el primer ministro Erdogan volvió a anunciar a Gul como su candidato para la presidencia. Eso significó volver a empezar desde cero. Afortunadamente, esta vez el sistema anti-Gul no tenía mucho margen de actuación. Era casi seguro que Gul llegaría a la presidencia después de que el líder del partido nacionalista MHP (Partido de Acción Nacionalista) declarara que no boicotearían el voto. El problema que bloqueó las elecciones presidenciales de mayo fue la decisión del Tribunal Constitucional de que al menos 367 diputados debían estar presentes para la votación para tan siquiera abrir la sesión, lo cual permitió a la oposición de entonces detener el proceso. En consecuencia, la declaración del MHP garantizó que un número suficiente de diputados estuviera presente para que dieran comienzo los comicios. Así, gracias a la mayoría del AKP en el Parlamento, pudieron asegurar los 267 votos necesarios en la tercera vuelta (en las primeras dos vueltas el presidente requiere dos tercios -367 votos- para ser elegido). El 28 de agosto Gul se convirtió en el nuevo presidente de Turquía.

Volviendo a nuestra pregunta inicial, el interés internacional por lo que sucede en Turquía señala cuán importante es este país para el mundo. El proceso de adhesión de Turquía a la UE no solo se sigue de cerca en Europa sino también en el mundo musulmán. Turquía es un país musulmán que goza de instituciones democráticas desde 1923 y se la suele mencionar en debates sobre el “choque de civilizaciones”. Turquía se sitúa en el punto de intersección entre Occidente y Oriente. Los medios europeos notaron que existen dos Turquías y que estas elecciones trataban de los nuevos dueños y la identidad del país: el sistema secular versus los islamistas. Si la situación se entiende así -algo muy discutible-, entonces la victoria del AKP significa la victoria de los islamistas. Lamentablemente, esta interpretación no es muy precisa. Es verdad que se tomaron medidas durante el proceso para celebrar elecciones anticipadas. No obstante, la colisión fue, de hecho, provocada por el proceso de democratización. Algunos sectores de la sociedad están más cómodos alzando sus voces en la cambiante cultura socio-económica y política del país. No puede negarse que Turquía ha sufrido grandes cambios a una velocidad increíble. Pero parecería que no hay cambio sin sufrimiento. Afortunadamente, Turquía pudo salir de este período con algunas heridas pero sin mayores contratiempos en el contexto de un progreso más amplio.

Ahora, a medida que Turquía regresa a la vida política normal, el próximo paso sería reencaminar el proceso de reforma de la UE. El nuevo presidente y el nuevo gabinete han hecho declaraciones prometedoras en cuanto al proceso de la UE; no obstante, tanto la UE como los partidarios de la reforma en Turquía necesitan algo más que simples declaraciones tras un mes de incertidumbre. Sin lugar a dudas, hoy en día tanto Turquía como el AKP necesitan el apoyo de la UE más que nunca. El AKP ganó de manera convincente, pero no puede darse el lujo de depender de este apoyo de la opinión pública y alejarse de la línea de la UE. Los demócratas en Turquía, que votaron por el AKP, lo hicieron por su fuerte compromiso hacia la UE. El Gobierno del AKP necesita continuar con su proceso de democratización dentro de los parámetros de los miembros de la UE para demostrar que la oposición está equivocada y no perder su legitimidad. En resumen, el nuevo Gobierno del AKP necesita estar más decidido que nunca a continuar con el proceso de la UE.

Una cosa es si el AKP podrá hacerlo bien y otra muy distinta es la capacidad de la UE de apoyar plenamente el proceso de adhesión de Turquía. Desgraciadamente, las señales que envía la UE no parecen del todo prometedoras. El bloque Sarkozy-Merkel con frecuencia declara que les gustaría ver a Turquía como un aliado cercano pero no como un miembro pleno. La UE está actualmente centrada en su propio proceso de reforma interna, lo que afecta a sus ya problemáticas políticas exteriores. Como la ampliación se considera una cuestión de política exterior (en realidad, la más exitosa hasta ahora), la UE necesita decidir rápida y eficazmente si ha de avanzar con esta política o no. Si la respuesta es afirmativa, entonces la UE debe enviar un mensaje claro que lo confirme.

Sin embargo, si la respuesta es negativa, ¿aceptará la UE el fracaso de su política exterior más importante y estará lista para enfrentarse a las consecuencias, no solo de Turquía sino de toda la región? Este escenario podría parecer muy pesimista y la UE podría argumentar que no busca romper totalmente los vínculos con Turquía. Como tal, el proceso continuará más o menos como se ha mantenido a lo largo de los últimos años, marcado por altibajos. No obstante, los burócratas y líderes europeos no parecen reconocer el significado de los mensajes claros y del apoyo durante esas épocas tan turbulentas. Turquía también ha estado enviando mensajes confusos en los últimos meses. Como algunos en Turquía, muchos en la UE tenían opiniones confusas sobre el AKP. El partido tiene raíces islámicas pero esto no indica necesariamente que pretende reinstaurar una república islámica: no existe evidencia de intenciones de esta índole. Por el contrario, desde 2004 el AKP ha sido el partido más comprometido con el proceso

de adhesión a la UE y el Gobierno de Erdogan ha introducido reformas radicales despejando el camino para que Turquía iniciara las negociaciones formales con la UE. Desde finales de 2006 hasta hace poco tiempo, las elecciones han dominado las políticas del AKP y sería difícil argumentar que éstas han complacido al campo reformista.

A pesar de que el debate presidencial parece estar por concluir, algunos todavía pronostican que queda un arduo camino por recorrer. Los debates sobre una nueva constitución han creado otra fuente de tensión entre el AKP y la oposición. En Turquía se está debatiendo una nueva constitución, tal y como lo ha estado exigiendo la sociedad civil durante mucho tiempo. Si bien ello representa un avance positivo, también existen preocupaciones acerca de que los partidos utilicen el debate para mantener el ambiente polarizado que reinó durante el período de las elecciones. Turquía necesita el apoyo de la UE como factor estabilizante para sobrevivir este período de reforma constitucional. Asimismo, la UE no lamentará haber apoyado a Turquía en este proceso, ya que aumentará el progreso democrático del país y, por ende, beneficiará a la propia organización para alcanzar sus ambiciones regionales y globales a largo plazo.

El futuro depende casi más de Turquía, y de su nuevo presidente y Gobierno, que de Europa. No obstante, no se debería olvidar que éste es un proceso paralelo con un alto nivel de interacción. Será mucho más fácil que Turquía progrese si goza de un fuerte apoyo de la opinión pública doméstica. Y este apoyo de la opinión pública sólo se materializará si la UE no adopta actitudes y políticas exclusivas hacia Turquía. Entonces, ¿es necesario preocuparse por la victoria del AKP y por la presidencia de Gul? El compromiso continuo con la UE garantizará que Turquía siga por el mismo camino que venía transitando hasta ahora.

Los comentarios de FRIDE ofrecen un análisis breve y conciso de cuestiones internacionales de actualidad en los ámbitos de la democracia, paz y seguridad, derechos humanos, y acción humanitaria y desarrollo. Todas las publicaciones de FRIDE están disponibles en www.fride.org

Las ideas expresadas por los autores en los documentos difundidos en la página web no reflejan necesariamente las opiniones de FRIDE. Si tiene algún comentario sobre el artículo o alguna sugerencia, puede ponerse en contacto con nosotros en comments@fride.org

Fundación para las Relaciones Internacionales y el Diálogo Exterior
C/ Goya, 5-7 pasaje 2ª - 28001 Madrid - Telf: 91 244 47 40 - Fax: 91 244 47 41 - E-mail : fride@fride.org
www.fride.org